

sabe lo que de ellos se pensaba en México ahora un siglo, y también sabe todo el mundo cuanto contribuyen los patemas de ánimo al rápido progreso de las epidemias.

“La de que ahora tratamos, tuvo principio en un obrage del pueblo de Tacuba á fines de agosto de 1736. Despues se averiguó que los primeros contagiados habian sido los que mas bebieron de un barril de aguardiente contrahecho, que se dió á los operarios el dia del santo del amo, y se quiso encontrar en la calidad de la bebida la causa próxima é inmediata del mal. Lo que no tiene duda, es que este cundió con tal presteza, que en principios de septiembre habia ya ganado todo el vecindario de los contornos hasta el pueblo de Atzacapozalco, y que aun dos cirujanos despachados de México en aquellos dias para examinar la enfermedad, se contagiaron de ella al entrar á hacer disecciones de los cadáveres.

“Desde luego empezaron á llegar á la ciudad los apestados, que por ser casi todos de la clase indígena se enviaban al Hospital real. Allí observó la epidemia el Dr. D. José de Escobar y Morales, médico de la casa, y publicó sobre ella un libro en que explica sus síntomas y enseña los remedios que con mejor éxito se habian usado hasta entónces; sin embargo, el mismo Escobar murió del contagio pocos meses despues. Cuando la enfermedad se generalizó en México, que fué muy luego, los facultativos empezaron á disputar sobre su naturaleza y carácter, vertiendo opiniones peregrinas en el particular, y entre otras la de que el Matlazahuatl era el vómito prieto de las costas, que habia subido hasta el valle de México.

“Sus síntomas predominantes eran los de una fiebre pestilencial. Los contagiados decian generalmente acometerles la enfermedad sin motivo conocido, ú con causa insuficiente á juicio de ellos, como haber bebido agua fria, ó expuéstose al aire estando calientes, haber sufrido alguna insolación &c. En el momento de la invasion, sentian intenso frio en todo el cuerpo, al mismo tiempo que un incendio como de volcan (así se explicaban) les devoraba las entrañas: la respiracion se volvia difícil y fatigosa, los ojos se ponian encendidos y rubicundos, un dolor agudísimo atormentaba sus cabezas. A los mas sobrevenian copiosos flujos de sangre por las narices, los cuales se prolongaban, sin ser posible restañarlos, por uno y dos dias continuos. También era frecuente que se les formasen parótidas que llegaban muchas veces á supurarse. Cuando la enfermedad hacia crisis favorable, era de ordinario quebrando en reumatismo. También sucedia á menudo que sobreviniese ictericia, de la que pocos escapaban. En lo mas agudo de la fiebre, al tercero ú cuarto dia, solian los enfermos entrar en delirio tan violento, que era necesario para hacerles sosegar usar de ataduras y cepos: se observó que aquellos en quienes se presentaba este sintoma, eran comunmente los que mejor libraban: el Dr. Escobar asegura que no vió perecer á ninguno que le hubiese tenido. Finalmente, casi todos recaian una, dos y hasta tres veces, por falta de dieta.

“La epidemia cundia aprisa en la ciudad y sus inmediaciones, y se cebaba especialmente en los indígenas. Los caminos estaban llenos de enfermos que venian á buscar socorro en México; mas aquellos infelices perecian á centenares antes de llegar. “Caia muerto el “marido, dice un testigo presencial, moribunda sobre él su consorte, y ambos cadáveres “eran el lecho en que yacian enfermos los hijos. Muchos halló la lástima asidos á los pe- “chos de su difunta madre chupando veneno en vez de leche. En poblaciones no distan- “tes de México fueron tantos los que encontró la caridad desperdigados, que no hallándose “otros padres que sus cadáveres, ni mas razon de sí que su llanto, le fué preciso renom- “brarlos, porque en el estrago habia perecido hasta el nombre.” A muchísimos exponian sus deudos en los templos, especialmente en el de Santa Teresa la Antigua, y en la capilla del Rosario de Santo Domingo, de donde cada dia se recogian algunos expósitos.

“En los tiempos de grandes calamidades suelen salir voces alarmantes, que no siempre quedan en la gente menuda, y á las que el temor hace que se dé crédito por mas inverosímiles que sean. Así sucedió en la ocasion presente, pues empezó á decirse en México que

los indios, envidiosos de que á los blancos atacaba la epidemia ménos que á ellos, iban inficionando las aguas, el pan y otros alimentos con el contacto de los cadáveres y con la sangre de los que morian apestados. Ya en otra epidemia anterior se les habia acusado de lo mismo, segun atestigua el Illmo. Padilla. Fácil es figurarse cuanto esta voz debia aumentar la confusion y alarma que reinaban en la ciudad.

“El gobierno, las autoridades, las corporaciones religiosas, las personas acaudaladas, cada uno por su parte procuraba acudir á la necesidad pública adoptando los arbitrios que estaban á su alcance. Ampliáronse las enfermerías en los hospitales antiguos, y se habilitaron otros nuevos distribuidos por varios puntos de la ciudad, á saber: en Santa Catarina Martir, San Hipólito, puente de la Teja, San Lázaro y San Pablo. Un jesuita, el padre Juan Martínez, logró plantear dos mas en San Sebastian y el Hornillo. El dean D. Alonso Moreno puso uno de convalecientes en San Pablo, y el dueño de la plaza de Gallos dispuso otro en este local. El arzobispo virey D. JUAN ANTONIO VIZARRON, franqueó auxilios para todos, sin perjuicio de los que daba á los pobres que se curaban en sus propias casas. Una de las primeras providencias que tomó cuando apareció en México la peste, fué la de pagar cuatro médicos que se dedicasen á asistir á los infelices, enviando sus recetas á determinadas boticas; mas como las tales recetas hubiesen llegado en solos cuatro meses al número de 43,661, y como el valor de las medicinas despachadas se hubiese tasado por el Proto-Medicato en 35,372 pesos, suspendió la providencia en mayo de 37.¹ Se asegura que en el año y pico que duró la epidemia, gastó *mas de cien mil pesos*.

“A proporción que se adelantaba el año de 37, la peste se derramaba por todo el reino y tomaba carácter mas maligno en México. Los métodos adoptados al principio con entusiasmo y desmentidos luego por la experiencia, caian livianamente en descrédito y eran reemplazados por otros que corrian en breve la misma suerte. La ciudad no presentaba por todas partes otro espectáculo que el de enfermos, convalecientes, entierros que caminaban á los cementerios públicos, los ministros de la Iglesia corriendo aquí y allá á llevar á los moribundos los últimos auxilios de la religion: y el espanto y la palidez pintados en los semblantes de la parte de la poblacion á quien no atacaba todavia la enfermedad. Al mismo tiempo la piedad no dejaba piedra por mover, buscando en otra parte el remedio del mal. Plegarias, rogaciones, desagravios, procesiones de sangre, triduos, novenarios, cuanto género de devociones se estila entre nosotros, de todo se echó mano para aplacar la cólera de los cielos. No quedó Imágen de alguna devocion en templos ni claustros, á quien no se votasen cultos particulares, y á quien no se invocase por tutelar y patrona en aquella afliccion. Aun se pensó traer á México á Nuestra Señora de Guadalupe, como se habia hecho cuando la inundacion de 1629; mas no vino en ello el arzobispo virey. Solo consintió que se la jurase patrona de la ciudad en el mes de mayo.² Nueve años despues, es decir, en 1746, se extendió el patronazgo á todo el reino.

“La epidemia corrió todo el año de 37, y por fin desapareció completamente de México en el mes de diciembre.

“Ahora, si se quiere saber algo sobre el número de víctimas que costó, daremos los pocos datos que en el particular hemos podido reunir. Los padrones ó cuentas de tributos que entónces se formaban, eran ciento cincuenta, segun los partidos en que estaba dividido el reino: cuatro de dichos partidos quedaron afortunadamente libres del contagio, que fueron Teutila, Yahualica, Guayacocotlan y Nochixtlan: de diez y seis no se pudo recoger noticia en muchos años; en los ciento treinta restantes se encontró que habian perecido ciento noventa y dos mil trescientas sesenta y cuatro personas. Debe tenerse presente

¹ No fué á consecuencia de lo exorbitante del gasto hecho, por lo que el arzobispo virey suspendió la providencia en Mayo de 1737, sino porque la peste iba minorando, y por haberse considerado que su continuacion servia de retraente para no concurrir mas enfermos á los hospitales abiertos. Así lo expuso terminantemente el Sr. VIZARRON en su decreto de 27 de Mayo de aquel año.

² El edicto del arzobispo publicando el patronato y declarando festividad de precepto la del 12 de Diciembre, está fechado el 24 de Mayo de 1737.

que en los padrones de tributos, solo se comprendian los indígenas y los que se llamaban *castas*, y que de estos mismos no se empadronaban sino los que pagaban tributo, que eran los varones desde diez hasta cincuenta años; de suerte que tomando en consideracion las mujeres, los niños y los viejos, puede calcularse que quedaba fuera del empadronamiento, mas de la mitad de dichas razas ó sean familias. Agréguese á esto la poblacion perteneciente á las otras en que estaba dividida la nacion. Dentro de la ciudad de México murieron 40,157 personas segun los estados de entierros, que son los siguientes:

TEMPLOS.

PARROQUIALES DE ESPAÑOLES.

Catedral.....	2000
San Miguel.....	1000
Santa Catarina.....	1400
Santa Veracruz.....	5000

DE INDIOS.

San José.....	1684
Santiago Tlaltelolco.....	3730
Santa María.....	860
San Pablo.....	2758
San Sebastian.....	670
Santa Cruz Colzingo.....	680
Santa Cruz Acatlan.....	568
Mistecos.....	167
Nuestra Señora de Guadalupe.....	450

DE REGULARES.

Santo Domingo.....	2000
La Merced.....	1000

HOSPITALES.

Hospital Real.....	2484
Jesus Nazareno.....	61
San Juan de Dios.....	3177
San Hipólito.....	464
Espíritu Santo.....	426
Nuestra Señora de Belen.....	2

CAMPOSANTOS Y CEMENTERIOS.

San Juan de Letran.....	576
Candelaria.....	500
Xiuhenco.....	500
San Antonio Abad.....	1000
San Lázaro.....	7000
	<hr/>
	40157

“Debemos advertir que estos estados se tuvieron entónces mismo por diminutos; sin embargo ellos dan un resultado horroroso, especialmente si se comparan con los del Chólera-morbus ahora cinco años. El que nos ha franqueado el director de sanidad pública en ese tiempo, supone que esta segunda epidemia costó á México 12,893 personas; es decir, cerca de una tercera parte de las que se llevó el Matlazahuatl, siendo de notar que no es probable que la poblacion de la capital fuese mayor en la primera mitad del siglo pasado que en nuestros dias. En Puebla que se suponía por aquel tiempo tan populosa como México, subió el número de muertos á 54,000. Si para formar idea del estado de la medicina y de la bondad de los métodos curativos usados en la epidemia se desean algunas noticias sobre la proporcion entre el número de muertos y el de enfermos, diremos que en los diez y seis meses que duró la peste en México, entraron al Hospital real, 7283 contagiados, de los cuales sanaron 4709; que en San Juan de Dios fueron asistidos 9402, de los que salvaron 6575; que en el lazareto de la Teja entraron desde 2 de febrero hasta 7 de agosto, 2488 enfermos, y sanaron 1979; y que en otro que puso la casa del marqués del Valle en Coyoacán, sobre 636 enfermos que se recibieron en el espacio de seis meses, recobraron la salud 471: de manera, que en el Hospital real salvaron un poco menos de las dos terceras partes, y en los otros un poco mas. Respecto de convalecientes, en Belen fueron asistidos 4502, de los que recayeron muchos allí mismo; pero solo perecieron siete. En el hospital que puso el dean D. Alonso Moreno en el barrio de San Pablo, convalecieron 2056 enfermos, de los cuales murieron 22: así pues en este perecieron mas de 10 al millar, y en Belen ménos de 2.”¹

Diez años despues del memorable 1737; años empleados en obras de virtud y de utilidad social, como consta en las noticias que anteceden á la relacion que acabamos de transcribir, bajó al sepulcro el Sr. VIZARRON, en la noche del 25 de Enero de 1747, precisamente cuando el clamor de las campanas recordaba á los habitantes de México que diez y nueve años antes habia fallecido en igual dia el Sr. Lanciego su antecesor en la prelación.

Murió el Sr. VIZARRON en medio de las lágrimas de todo un pueblo que le amaba y bendecía, y murió dejando un nombre esclarecido lo mismo en las páginas de la historia de la Iglesia mexicana, que en las de los gobernantes políticos. Como prelado, escribió gran número de *Edictos* y *Cartas pastorales*; como funcionario que fué, publicó: *Satisfaccion á los cargos de la residencia por el tiempo del vireinato del autor*. Impreso en México, 1740, en fólío; y *Estado del reino de la Nueva España á tiempo de entregar el baston al duque de la Conquista*. Impreso en México, 1740, en fólío.²

¹ *Diccionario universal de Historia y Geografía*, tomo 9, artículo MATLAZAHUATL.

² Beristain. *Biblioteca hispano americana septentrional*. No puede darse entero crédito á Beristain con respecto á estos títulos de obras, porque es un hecho comprobado que los cambiaba cuando queria, y por lo mismo se hace difícil hallar una obra guiándose únicamente por las noticias bibliográficas de Beristain.